



Lun Evangelio del día

10

Sep

2022

Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón (10 de Septiembre)

“Estaban al acecho para ver si curaba en sábado ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 5, 1-8

Hermanos:

Se oye decir en todas partes que hay entre vosotros un caso de inmoralidad; y una inmoralidad tal que no se da ni entre los gentiles: uno convive con la mujer de su padre.

¿Y vosotros seguís tan ufanos?

Estaría mejor ponerse de luto y expulsar de entre vosotros al que ha hecho eso.

Pues lo que es yo, ausente en el cuerpo, pero presente en espíritu, ya he tomado una decisión como si estuviera presente:

reunidos vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesús, y yo presente en espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús entregar al que ha hecho eso en manos de Satanás; para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor.

Ese orgullo vuestro no tiene razón de ser.

¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácidos.

Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo.

Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad.

Salmo de hoy

Sal 5, 5-6a. 6b-7. 12 R/. Señor, guíame con tu justicia

Tú no eres un Dios que ame la maldad,

ni el malvado es tu huésped,

ni el arrogante se mantiene en tu presencia. R/.

Detestas a los malhechores,

destruyes a los mentirosos;

al hombre sanguinario y traicionero

lo aborrece el Señor. R/.

Que se alegren los que se acogen a ti,

con júbilo eterno;

protégelos, para que se llenen de gozo

los que aman tu nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 6-11

Un sábado, entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha paralizada.

Los escribas y los fariseos estaban al acecho para ver si curaba en sábado, y encontrar de qué acusarlo.

Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre de la mano atrofiada:

«Levántate y ponte en medio».

Y, levantándose, se quedó en pie.

Jesús les dijo:

«Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer el bien o el mal, salvar una vida o destruirla?».

Y, echando en tomo una mirada a todos, le dijo:

«Extiende tu mano».

Él lo hizo y su mano quedó restablecida.

Pero ellos, ciegos por la cólera, discutían qué había que hacer con Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Beato Alfonso, originario de La Rioja, ingresó en el convento dominico de San Pablo de Valladolid. Nada más ser ordenado sacerdote, se le destinó a las misiones de Oriente. Estuvo evangelizando en Filipinas, primero, y más tarde en Japón, brillando por las virtudes de piedad, misericordia, gratitud y confianza en María, especialmente por medio del Rosario. Fue encarcelado, por su fe cristiana, y, luego, decapitado en la isla de Tokasima el 1 de junio de 1617. Fue el primer mártir dominico en Oriente, beatificado, junto con 205 compañeros mártires, por Pío IX el 7 de julio

de 1867. Con seguridad que la Palabra del evangelio de hoy nos ayudará a comprender el porqué de su fuerza hasta el martirio y nos animará a imitarlos en la fidelidad.

Jesús se conmueve. Dios se conmueve. ¿Y nosotros?

Uno de los verbos que más emplean los evangelistas para expresar la reacción de Jesús ante el sufrimiento de las personas es conmovirse, compadecerse. Como indicando que ante ese espectáculo, Jesús no puede pasar de largo sin hacer algo. Así sucede cuando se le acerca un leproso, el centurión rogándole por su criado, la suegra de Pedro, el paralítico, etc. Jesús muestra siempre la misma actitud ante todo el que sufre. Para él, los humanos no eran números sino personas con nombre y apellidos cada una. Y si, para lograrlo, tiene que violentar costumbres, leyes mal interpretadas o la furia de los escribas y fariseos, lo hace.

A nosotros nos cuesta más conmovernos. Por eso, Jesús nos ofrece hoy la oportunidad de recordar que podemos no pasar de largo, podemos detenernos –por más prisa que tengamos- ante cada persona necesitada. Y bien estaría que aprendiéramos de él a detectar necesidades, problemas y sufrimientos en las personas con las que convivimos y con las que contactamos por el motivo que sea.

La letra y el espíritu

La primera mata, el segundo vivifica (Cfr. 2 Cor 3,6). Y no es cierto porque lo diga San Pablo sólo, sino porque lo hemos experimentado también nosotros y, en el evangelio, hemos gozado viendo a Jesús practicarlos. Ciertamente que toda sociedad bien establecida necesita normas y leyes, pero nunca para ahogar a las personas sino para ayudarlas en sus comportamientos habituales. En tiempos de Jesús había demasiadas normas que, según dijo en una ocasión, asfixiaban a la gente. Hoy se enfrenta con una de las más extendidas, que reglamentaba milimétricamente lo que se podía hacer y lo que se prohibía en sábado. La escena evangélica de hoy se desarrolla en sábado. Jesús, coloca a un paralítico en medio de la asamblea y plantea el dilema:

¿Qué hacemos? ¿Observamos el sábado, dejando abandonado a este pobre enfermo, o lo salvamos al margen o en contra de la ley? “¿Que está permitido en sábado, hacer el bien o el mal, salvar a uno o dejarlo morir?” Los fariseos callan. Jesús, sin despreciar la ley, pero poniéndola en su sitio, cura a aquel hombre. No podemos, no debemos, relacionarnos con Dios a base de formalismos, leyes, ritos y prácticas exclusivamente. Debemos servirnos de todo ese andamiaje para dar pie a la autenticidad y espontaneidad del hijo, de la hija, ante el mejor y más comprensivo de los Padres.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón

Misioneros dominicos en Japón

Los dominicos, llegados a Japón en 1602, establecieron su campo de misión en la isla de Kyūshū. A su llegada, ya había sido promulgado por Toyotomi Hideyoshi un edicto de persecución contra el cristianismo. Los tormentos que esperaban a los misioneros eran espeluznantes: crucifixión, decapitación, fuego lento, agua ingurgitada y expelida violentamente, agujas o cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, la «horca y hoy», suplicio que consistía en colgar a la víctima por los pies en una horca sobre una fosa hedionda o un manantial de aguas sulfurosas, y en ocasiones la expulsión del territorio japonés.

A pesar de todo, al igual que otros religiosos, los dominicos tienen el coraje de entrar en aquel país donde ya habían derramado su sangre por la fe otros compañeros. Bajo la dirección del madrileño padre Francisco Morales llegan de Manila los cinco primeros dominicos que, asentados primero en Koshiki, extienden sucesivamente su campo de acción a otras regiones de Japón. A medida que estos pioneros de la misión dominicana van informando a los superiores de Manila sobre sus dificultades, arrestos y sufrimientos, se suceden las llegadas de nuevos operarios: los padres José de San Jacinto, Jacinto Orfanell, Juan de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, etc. Arrostrando el ambiente adverso, van apareciendo jóvenes nipones que abrazan la vida religiosa o deciden defender la fe en Cristo desde su puesto como laicos.

Gracias a la relativa calma que reinó en la primera década del siglo XVII, nuestros misioneros pudieron desplegar su actividad en diversas zonas de la isla de Kyūshū e incluso llegaron a fundar iglesias en Kyoto y Osaka. Pero la situación se agrava cuando, en 1614, Tokugawa Ieyasu publica un edicto más represivo y cruel. Los religiosos se ven entonces obligados a servirse de la oscuridad de la noche para evangelizar y animar a los laicos cristianos a participar en la ayuda y protección de los misioneros. Ieyasu muere en 1616 pero Hidetada, su sucesor en el shogunado, intensifica la opresión contra el cristianismo. Poco a poco, las cárceles se van llenando de religiosos: jesuitas, agustinos, franciscanos, dominicos y fervientes laicos cristianos, que sucesivamente serán conducidos al altar del martirio.

Estos misioneros ni siquiera en las cárceles dejaban de evangelizar. Al igual que otros religiosos, los dominicos, no sólo catequizaron a los carceleros bien dispuestos, sino que además escriben cartas y relaciones que envían clandestinamente a Filipinas y a España y que, en la mayoría de los casos, han llegado hasta nuestros días. En los archivos hay un verdadero arsenal de documentos autógrafos que, redactados tanto en libertad como en prisión, constituyen fuentes autorizadas para la historia de las misiones.

Por privilegio especial, los dominicos encarcelados podían admitir a la orden, mediante la profesión, a cristianos de probada fidelidad y piedad. Dado el fervor religioso que se respiraba en la cárcel, no faltaban oficiales que se sentían impresionados y con frecuencia el lugar, más que una prisión, parecía un convento donde convivían religiosos de diversas órdenes. Lo cual no dejaba de ser un testimonio de unidad en la confesión de la fe cristiana. Todos compartían la oración, el dolor, el celo apostólico y las mismas ansias de dar su vida por la fe.

Los mártires dominicos de Japón forman varios grupos. El padre Ceferino Puebla Pedrosa, O.P., los clasifica en tres, el primero de los cuales es el que ahora nos ocupa. El segundo grupo lo forman 19 sacerdotes, profesos y terciarios de la orden dominicana, de los cuales dieciséis fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987. Al tercer grupo pertenecen setenta y dos laicos relacionados con la misión de los dominicos: terciarios y cofrades del Rosario, catequistas, hospederos y bienhechores, beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Aquí sólo presentamos el primer grupo, cuya memoria se celebra el 10 de septiembre. Está formado por ocho japoneses: Domingo del Rosario, Mancio de Santo Tomás, Domingo de Hyuga, Pedro de Santa María, Mancio de la Cruz, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo; un italiano: Angel Ferrer Orsucci; un belga: Luis Flores, y diez españoles: Alfonso Navarrete, Juan Martínez de Santo Domingo, Tomás de Zumárraga, Francisco Morales, Alonso de Mena, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Pedro Vázquez, Luis Bertrán Exarch y Domingo Castellet. Todos ellos fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

Jesús González Valles, O.P.